

Transformar la cultura para detener el fuego

Las cinco veredas del corregimiento de Caracolí, a 45 minutos de Valledupar, en el departamento del Cesar, están situadas al borde de la carretera que conduce del centro del país a la Costa Atlántica. Esa carretera es la línea negra que divide los territorios ancestrales de la Sierra Nevada de Santa Marta de las planicies de bosque seco azotadas por el sol y las sequías.

En verano, el follaje que pierden los árboles se seca en el suelo árido para convertirse en acucioso combustible. Allí una colilla arrojada desde un vehículo puede iniciar un incendio que arrase cientos de hectáreas.

También puede causarlo la quema de un pequeño lote para establecer un cultivo, o un disparo para cazar un animal, o hasta una pequeña brasa salida del ahumador usado para extraer miel de un panal.

Uno de esos incendios arrasó la finca de Miriam Montero, una curtida campesina de la zona, y le sacó lagrimas de tristeza encontrar, en medio de la desolación, una manada de quince zainos calcinados por las llamas. Ella, junto con un grupo de 26 de sus vecinos, decidió que había que hacer algo para detener esa amenaza.

Los ríos y los nacimientos de agua comenzaban a secarse, las aves se alejaron, la gente tenía miedo de perder sus cosas. Por esa época, en 2015, comenzaban a volver a sus tierras muchas familias desplazadas por la violencia que habían pasado muchas necesidades en pueblos y ciudades y encontraban arrasadas y secas sus tierras. Decidieron crear las Brigadas Forestales Comunitarias.

Con la ayuda de organizaciones como Paisajes del Sinú, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, PNUD y Corpocesar, comenzaron un proceso de capacitación y entrenamiento, construyeron un primer vivero para restaurar el bosque y empezaron a concientizar a la comunidad.

Cuando apareció la convocatoria de A Ciencia Cierta prepararon un video en el que contaban lo que estaban haciendo y lo enviaron junto con su postulación. Obtuvieron uno de los reconocimientos del concurso, con los recursos correspondientes.

“Esa platica nos rindió como no tienen idea —cuenta Miriam—. Con esos recursos compramos mallas, alambres, bolsas, polisombra, todo lo necesario para implementar cinco viveros más, porque nada más teníamos uno. Hicimos varios aislamientos y construimos 27 parcelas agroforestales —una en la finca de cada brigadista—, para las que compramos árboles frutales, mandarina, limón, mango, injertados para sembrarlos alternados con plantas nativas”.

Con todo eso emprendieron un cambio cultural: convencer a los campesinos de reemplazar los cultivos transitorios de yuca, ñame, maíz, fríjol, que dejan las tierras desérticas, por plantas de raíz como las llaman ellos, como plátano, guineo, cacao, aguacate y frutales, cultivos más permanentes y más arbóreos, con los que ayudan a conservar mejor el ambiente.

También compraron herramientas para hacer las líneas de control en el terreno —guardarrayas, senderos de aislamiento y circulación para controlar los incendios—, bombas de agua, motosierras, radios de comunicación para coordinar mejor las acciones y atender con mayor eficacia las emergencias y dotación para los brigadistas: uniformes, botas, chalecos, cachuchas que los identificaran frente a la comunidad.

Otra tarea en la que se esmeraron fue la de la conservación de las fuentes hídricas. “No son solamente los ríos —dice Miriam—, sino que en el campo hay nacimientos de agua; esos nacimientos tratamos de protegerlos, les hicimos unos aislamientos, se plantaron árboles que ya estaban en peligro de extinción, pues ya difícilmente conseguías un palo de carreto o de caracolí, que es sinónimo de agua. Entonces con los viveros en cada uno de las veredas y la recolección de plántulas que hicimos fuimos reforestando, replantando en las partes que de pronto se quemaron, alrededor de las fuentes de agua”.

Visitaron cada una de las fincas de las cinco veredas para explicar cuál era su misión, divulgar las mejores prácticas para evitar incendios y cómo manejar las guardarrayas, proponer a los campesinos otras prácticas de cultivo y estimular la unión de la comunidad alrededor de esos propósitos. También visitaron las escuelas y colegios de la zona para contarles a niños, niñas y jóvenes cuál es el trabajo que hacen y concientizarlos sobre el cuidado del ambiente.

“La gente fue aceptando todo lo que nosotros estábamos diciendo y comenzaron a cambiar sus prácticas —afirma Miriam—. Y los niños, que son como una esponjita, van absorbiendo todo lo que se les va diciendo y lo chévere de todo esto es que si tú le preguntas a un niño ya ellos saben cómo plantar, saben qué es un bosque seco, saben qué prácticas se deben usar, qué no se debe de hacer. Con los profesores y con los niños hicimos todo eso y no solamente en la vereda de nosotros, también fuimos a otras veredas y se hicieron reuniones también con las juntas de acción comunal y con los niños”.

Fruto de ese esfuerzo subieron de 27 a 55 el número de brigadistas. Pero lo más importante, los incendios se redujeron en un 80 %. Miriam lo refiere con satisfacción: “La gente ya ha cambiado de actitud. Antes, cuando se iniciaba un fuego a nadie le importaba, se comenzaba a quemar y la gente miraba el humo: Ah, se está quemando, se quemó y ya. En cambio ahora no, como se están haciendo

estas líneas de control que sirven y ya no somos ajenos, se han presentado algunos incendios pero se han controlado, no se ha permitido que se expandan”.

A raíz de toda este trabajo de cuidado del ambiente, adecuación del territorio y cambio cultural las Brigadas Forestales firmaron un acuerdo de conservación del bosque seco por 12 años con Corpocesar y se encuentran negociando cuál será la contraprestación de la institución a su trabajo.

Ana Beatriz Barona, la directora del Programa de Pequeñas Donaciones del PNUD, socio de A Ciencia Cierta ECO, comentó en la sesión de cierre de la experiencia que resultaba muy significativa la disminución de incendios y el aumento de los brigadistas en la experiencia. “Pensábamos que era un proyecto bastante ambicioso, pero nos alegra mucho saber que a pesar de lo ambicioso lograron todo lo que se propusieron. Es muy gratificante ver ese resultado”.

Julio Ramírez, del Cuerpo de Bomberos de Valledupar, se unió a la felicitación. “A Ciencia Cierta llegó en un momento clave para el fortalecimiento de estas comunidades, que han hecho un esfuerzo muy importante. Gracias al avance con estas brigadas la gobernación, la alcaldía y Corpocesar se han dado cuenta de la importancia de tener grupos de brigadistas entrenados y equipados para enfrentar incendios y están impulsando el proyecto de crear brigadas forestales campesinas. Felicitaciones para todos. Esa semilla ha caído en tierra fértil y ha reverdecido, este aporte en prevención para nosotros es mucha ganancia”.